

rival en el imperio, á quien había hecho obispo (58). Nepos no merecía el trabajo de que le dieran una puñalada, y sin embargo le asesinaron (59). Habíanse presentado en Italia los Ostrogodos durante la aparición de Glicerio.

Los demás bárbaros que mas bien oprimían que defendían á este desgraciado país, tenían entonces por jefe á Orestes, aquel secretario de Atila de quien he hablado anteriormente. Muerto el rey de los Hunos pasó al servicio de los emperadores de Occidente, que le nombraron patricio y general en jefe de los ejércitos: había tenido un hijo de madre desconocida, ó quizás de la hija de aquel mismo conde Rómulo á quien Valentiniano envió de embajador á Atila: llamábase este hijo Rómulo-Augusto, por sobrenombre Augustulo: ¡humillaos y reconoced la nada de los imperios!

Orestes rehusó la púrpura que le ofrecían sus soldados, y dejó se la vistieran á su hijo (60). Los Esciros, los Alanos, los Rugianos, los Heruleos y los Turcilingos, que eran los formidables defensores de los miserables Romanos, estimulados por el ejemplo de sus compatriotas que residían en Africa, en las Españas y en las Galias, intimaron á Orestes que les entregase el tercio de las propiedades de Italia. Orestes creyó poder resistirlos. Odoacro (hijo quizás de Edecon, antiguo compañero de Orestes en su misión á Constantinopla), se hallaba investido, despues de diversas aventuras, con una gran dignidad en las guardias de Italia; púsose á la cabeza de los sediciosos, sitió á Orestes en Pavia, tomó la plaza, le apisionó y le quitó la vida (61). En 23 de agosto del año 476 proclamaron rey de Italia á Odoacro, arriano de religion: el imperio romano había durado quinientos y siete años, menos algunos días, desde la batalla de Accio; contábase mil doscientos veinte y nueve años desde la fundación de Roma.

Cuando Augustulo, último sucesor de Augusto, perdió las insignias del poder, Simplicio, cuadragésimo séptimo pontífice contando desde San Pedro, ocupaba la cátedra del apóstol; cuyo imperio había principiado en el reinado del heredero inmediato de Augusto: los sucesores de Simplicio reinan todavía, hace ya mil trescientos cincuenta y cuatro años, en los palacios de los Césares.

Odoacro estableció su córte en Rávena. El Senado romano renunció el derecho de elegir señor: satisfecho de entregarse esclavo á discreccion, declaró que el Capitolio abdicaba el dominio del mundo, y envió con una embajada solemne las águilas imperiales á Zenon, que gobernaba el Oriente. Zenon (62) recibió en Constantinopla á los embajadores con rostro severo: echó en cara al Senado el asesinato de Authemio y el destierro de Nepos. «Nepos vive todavía, dijo á los embajadores; hasta su muerte será vuestro verdadero señor.» Este título de tirano honorario extendido por Zenon á favor de Nepos, es el último de la legitimidad de los Césares.

Habiendo encontrado Odoacro en Ravena á Augustulo, le despojó de la púrpura (63). Nada dice la historia de él sino que era hermoso (64). El primer rey de Italia concedió al último emperador de Roma una pensión de seis mil monedas de oro; mandóle trasladar á la antigua villa de Lúculo (65), situada en el promontorio de Miseno, y convertida en fortaleza desde las guerras de los Vándalos: había pertenecido primero á Mario y Luculo la compró (66).

De este modo señalaba la Providencia por prision al hijo del secretario de Atila, á un príncipe de raza goda, revestido de la púrpura romana por los últimos bárbaros que destruían el imperio de Occidente; señalaba la Providencia, digo, por prision á este príncipe, un edificio que encerró los despojos de los Cimbros, primeros bárbaros del Septentrion que amenazaron el Capitolio. Aquí pasó Augustulo su juven-

tud y su vida desconocidas, sin cuidarse de los sucesos que iban unidos á su nombre, indiferente á las lecciones que le daban sus vicisitudes, ajeno á los recuerdos que despertaban los lugares de su destierro.

Añadamos ahora, atentos como estamos á la inmutilidad de los decretos eternos, y á la insolidez de las cosas humanas, que las reliquias de San Severino sucedieron á la persona de Augustulo en el palacio que Mario decoró con sus proscriciones y sus trofeos, y Lúculo con sus fiestas y sus banquetes: convirtiéndose en iglesia (67). Siendo aun Odoacro un soldado oscuro, visitó á San Severino en la Norica. El solitario, al ver á este bárbaro de elevada estatura, que se encorbaba para pasar por la puerta de la celda, le dijo: «Marcha á Italia; ahora estás cubierto con humildes pieles de animales, tiempo vendrá en que distribuirás dádivas (68).»

Finalmente, el Dios que con una mano humillaba al imperio romano, levantaba con la otra el imperio francés. Augustulo deponía la diadema en el año 476 de Jesucristo, y en el de 481, Clodoveo, coronado con su larga cabellera, reinaba sobre sus compañeros.

## ESTUDIO QUINTO.

### PRIMERA PARTE.

COSTUMBRES DE LOS CRISTIANOS.—SIGLO HERÓICO.

DETENGÁMONOS á contemplar las vastas ruinas que acabamos de recorrer. Poco sirve conocer las fechas de sus hundimientos, ni saber los nombres de los que se ocuparon en esta destruccion: es preciso ademas profundizar, interiorizarse en el estudio de las costumbres, de la vida de los tres pueblos, cristiano, pagano y bárbaro, que se confundieron para dar nacimiento á la sociedad moderna. Puesto que el imperio de Occidente, está ya destruido, esta nueva sociedad es la que va á aparecer; veamos lo que fue el mundo antiguo en los cuatro siglos que precedieron á su muerte, y en qué se convirtió cuando hubo espirado. Principiemos por los cristianos.

El Cristianismo nació en Jerusalem, en una tumba que yo he visitado en la falda del monte Sion: Su historia está enlazada con la religion de los Hebreos.

Mientras estuvo en pie el primer templo, todo fue gobernado con arreglo á la ley de Moisés: cuando el rey, el pueblo, ó cierta parte de este se entregaban á la idolatría, caía sobre ellos la espada.

Bajo la duracion del segundo templo, se alteró la pureza de la ley con la mezcla de dogmas exóticos, y se formó la Sinagoga.

La conquista de Alejandro introdujo á su vez la filosofía griega en el sistema hebraico. Gonstituyéronse escuelas judaicas; estas escuelas, derramadas por la Media, la Elimaida, el Asia Menor, el Egipto, la Cirenáica, la isla de Creta, y hasta en Roma, sufrieron la influencia de las religiones, de las leyes, de las costumbres y hasta de la lengua misma de estos diversos países: los libros de los Macabeos se escandalizan de tales novedades.

«En este tiempo salieron de Israel hijos de iniquidad, que dieron á muchos este consejo: »Corramos, y hagamos alianza con las naciones que nos rodean...» Y edificaron en Jerusalem una escuela pública, á imitación de las naciones (1).

«Los sacerdotes mismos no se cuidaban lo mas mínimo de los objetos venerados de su país y tenían en la mayor estima el sobresalir en todo lo que los griegos honraban (2).»

Formáronse muy pronto cuatro sectas principales: la de los Fariseos, la de los Saduceos, la de los Samaritanos y la de los Esenios.

Los fariseos alteraban el dogma y la ley, reconociendo una especie de destino impotente, que no quitaba la libertad al hombre: dividíanse en siete gerarquías. Entregados á pensamientos extravagantes, ayunaban y se azotaban, cuidaban al caminar de no tocar los pies de Dios, que no se elevan sino cuarenta y ocho pulgadas sobre la tierra, y principalmente empleaban un gran celo en propagar su doctrina.

Lo que distingue á las sectas judaicas de las griegas, es precisamente este espíritu de propagacion. La sabiduría helénica, se reducía generalmente á la teoría; la sabiduría judaica tenía por objeto la práctica: la una formaba escuelas, y la otra sociedades. Moisés había impreso una virtud legislativa en el carácter de los Hebreos; y el Cristianismo, que es de origen judío, retuvo y poseyó en el mas alto grado esta virtud.

Los Saduceos atendían á la letra escrita; desecharon la tradicion, y por consiguiente la ciencia cabalística: y al ver que en los libros de Moisés nada se hablaba del alma, eran materialistas y preferían Epicuro á Zenon.

Los Samaritanos no adoptaban sino el Pentateuco, y se remontaban á la religion patriarcal.

Los Esenios de la Judea (que produjeron los terapeutas de Egipto, secta mas contemplativa todavía) rechazaban la tradicion como los Saduceos, y creían en la inmortalidad del alma como los Fariseos. Huían de las ciudades; vivían en el campo, renunciaban al comercio, y se ocupaban en la labranza. No tenían esclavos, ni amontonaban riquezas: comían en comunidad, llevaban vestidos blancos, que no pertenecían como propiedad á ninguno, y que cada cual tomaba á su vez. Moraban unidos en un edificio comun, otros en casas particulares; pero abiertas á todos. Absteníanse del matrimonio; y educaban á los niños que les confiaban. Respetaban á los ancianos; no mentaban, ni juraban nunca. Ofrecían guardar silencio sobre los misterios: estos misterios no eran otros que la moral escrita en la ley.

Los primeros fieles tomaron de los Esenios esta sencillez de vida, mientras que los Terapeutas dieron nacimiento á la vida monástica cristiana.

Pero por otra parte, el esenismo era la única secta judaica que no esperaba al Mesías y que condenaba el sacrificio en lo cual no la siguieron los cristianos. Una opinion comun se descubría en el fondo de la sociedad israelita: el Salvador de la estirpe de David, en todos tiempos prometido, era esperado de siglo en siglo, de año en año, de día en día, de hora en hora; Hombre y Dios, Rey-conquistador, para los Saduceos, los Caraitas ó Escripturarios; sabio ó doctor, para los Samaritanos.

Hallábase á mas en este pueblo un hecho que no pertenecía sino á él; quiero decir, la grande escuela poética de los profetas: remontando su origen á la cuna del mundo, vagó por espacio de cuarenta años con el Arca por el desierto; No pudieron interrumpirla el cautiverio de Egipto, ni el de Babilonia, la conquista de Alejandro ni la opresion de los reyes de Siria, la dominacion romana, ni la monarquía de los Herodes, que ingirieron á la fuerza é improvisaron en Judea una civilizacion extranjera. Esta escuela del porvenir evocando el tiempo pasado y desdeñando el presente no careció de maestros ni en la prosperidad, ni en el infortunio, ni en las márgenes del Nilo, en las orillas del Jordan, ni en rios de Babilonia, ni en las ruinas de Tiro y de Jerusalem. ¡Y qué maestros! Moisés, Josué, David, Salomon, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y Cristo en quien se realizaron todas las profecías, y que fue á su vez el último profeta.

Cuando este último apareció, desconociéronle los

Judios, y le miraron como á un seductor. Los dos comentarios del Mishna, el Talmud babilónico y el Talmud de Jerusalem, suministran singulares noticias de Jesucristo (3).

«Cierta dia, se dice en aquellos comentarios, cuando muchos doctores estaban sentados á la puerta de la ciudad, dos mancebos pasaron por delante de ellos: el uno cubrió su cabeza, y el otro pasó con la cabeza descubierta. Eliezer al ver la desvergüenza de este jóven sospechó que sería algun hijo ilegítimo; buscó á su madre, que vendía yerbas en el mercado, y supo que no solo era hijo ilegítimo, sino que había nacido de una mujer impura (4).

El Talmud llama á Maria muchas veces peinadora de mujeres.

Los Judios compusieron dos historias de Cristo con el título de *Sepher toldos Jeschu*: libro de las generaciones de Jesús. «Joseph Pandera, de Belen, se enamoró de una peinadora jóven llamada Mirjan (Maria), desposada con Jon Jochanan. Pandera abusó de Mirjan, que dió á luz un hijo llamado Jehoscuca (Jesús). Jehoscuca, educado por Elchanan, progresó en las letras. Los senadores á quienes Jehoscuca no quiso saludar en la puerta de la ciudad, mandaron pregonar al son de trescientas trompetas que su nacimiento era impuro. Huyó á Galilea, volvió á Jerusalem, se introdujo en el templo, aprendió y robó el nombre de Dios, lo escribió sobre un pedazo de piel (5), se abrió la pierna sin dolor, y ocultó su hurto en la incision. Con el inefable nombre Schemhamephoras obró una multitud de prodigios. Jehoscuca, condenado á muerte por el Sanhedrin, fue coronado de espinas, azotado y apedreado: querían clavarle en un madero; pero rompiéronse todos los maderos, porque los había encantado. Los sabios fueron á buscar un gran troncho de col, (6) y clavaron en ella á Jehoscuca.

Esta es una de las miserables historias que los Judios oponían á la magestad de la narracion evangélica.

La primera iglesia judaica se compuso de tres mil convertidos. Estos convertidos escuchaban las instrucciones de los apóstoles, oraban juntos, y practicaban en las casas particulares la particion del pan. Tenían comunidad de bienes, y vendían sus herencias para distribuir el valor de ella á sus hermanos. Su vida, segun he dicho antes era próximamente la de los Esenios.

Conservóse por largo tiempo su sencillez. Habiendo sabido Domiciano que algunos cristianos judios suponían ser descendientes de la estirpe real de David, les mandó ir á Roma. Interrogados sobre sus riquezas, contestaron que poseían treinta y nueve plethros de tierra (poco mas de tres fanegas), que pagaban el impuesto, y que se sustentaban con el producto de sus campos; y enseñaron entonces sus manos encañecidas por el trabajo. Preguntóles el emperador lo que era el reino de Cristo; respondiéronle que no era de este mundo; y los despidió. Estos dos labradores eran dos obispos: vivían aun en el reinado de Trajano (7).

Al escribir la historia de la Iglesia se han confundido los tiempos; es muy esencial distinguir dos edades en el primer Cristianismo: la edad heroica ó de los mártires; la edad intelectual ó filosófica. Principia la una en Jesucristo y concluye en Constantino; extiéndese la otra desde este emperador hasta la fundacion de los reinados bárbaros. Voy á hablar primero de la edad heroica á retratarla tal como se pinta ella misma, y tal como la han representado los paganos.

«Entre nosotros dice un apologista, hallareis ignorantes, artesanos, y mujeres ancianas, que no podrían quizás inculcar con el raciocinio la verdad de nuestra doctrina; no pronuncian discursos, pero practican buenas obras. Amando á nuestro prójimo como á nosotros mismos, hemos aprendido á no herir á los que no hieren; á no proceder contra los que nos despojan: si nos dan una bofetada, presentamos la otra mejilla; si



nos piden nuestra túnica, ofrecemos además nuestro manto. Según la diferencia de las edades, consideramos á los unos como hijos nuestros, á los otros como hermanos y hermanas, y honramos á las personas más ancianas como á nuestros padres. La esperanza de otra vida nos hace despreciar la presente, y hasta los gozos del entendimiento. Cada uno de nosotros cuando toma una mujer no se propone sino tener hijos, é imita al labrador que aguarda la cosecha con paciencia. Hemos renunciado á vuestros espectáculos sangrientos, creyendo que no hay diferencia alguna entre presenciar el asesinato y comerlo. Consideramos como homicidas á las mujeres que promueven su propio aborto, y opinamos que exponer á un niño es matarlo. Somos iguales en todo, obedeciendo á la razón sin pretender gobernarla» (8).

Obsérvese que esta no es una *escuela*, una *secta*, sino una *sociedad*, fundada en la moral universal, desconocida de los antiguos.

La necesidad y no el sensualismo, arreglaba las comidas: los hermanos se sustentaban más de pescado que de carne; tomaban alimentos crudos con preferencia á los condimentados. No hacían sino una sola comida á la puesta del sol, y si alguna vez tomaban alimento por la mañana, era un poco de pan seco. El vino, prohibido á los jóvenes, estaba permitido á las otras personas, pero en corta cantidad. La regla prohibía los muebles lujosos, la vajilla, las coronas, los perfumes y los instrumentos de música. Durante la comida entonaban cánticos piadosos: estando prohibida la risa estrepitosa, reinaba una gravedad modesta.

Concluida la comida de la tarde, daban gracias á Dios por el día que les había concedido, y después se retiraban á dormir en un duro lecho: acortaban el sueño para alargar la vida. Oraban los fieles muchas veces por las noches y levantábanse antes del alba.

Sus vestiduras blancas, sin mezcla de colores, no debían arrastrar por tierra, y se componían de una tela ordinaria: era una máxima recibida que el hombre debe valer más que su vestido. Las mujeres llevaban calzado por el bien parecer; los hombres caminaban con los pies desnudos, excepto cuando iban á la guerra; nunca entraban el oro y las pedrerías en sus adornos; cubrir la cabeza con una peluca, darse colorete, teñirse los cabellos ó la barba, parecía indigno de un cristiano. El uso del baño no era permitido sino para recobrar la salud, ó para la limpieza del cuerpo.

Consentíase, sin embargo, algunos adornos á las mujeres, como incentivos para agradar á sus maridos. No tenían esclavas, ó tenían las menos que podían; no se servían de eunucos, enanos, monstruos, ni mantenían ninguna de las fieras que las matronas romanas alimentaban á expensas de los pobres.

Para conservar las fuerzas corporales durante la juventud, ejercitábanse los hombres en la lucha, en el juego de pelota, en la carrera, y se entregaban principalmente al trabajo de manos: los quehaceres y el servicio doméstico ocupaban á las mujeres. Los dados y los demás juegos de azar, los espectáculos del circo, del teatro y del anfiteatro estaban prohibidos como un manantial de corrupción. Dirigiábase á la iglesia con comedimiento, en silencio y con una piedad sincera. El ósculo de paz era la señal de reconocimiento entre los cristianos: evitaban no obstante saludarse en las calles, temerosos de darse á conocer á los infieles. Todas estas reglas de conducta estaban visiblemente en oposición con la sociedad romana, y su práctica podía pasar por una censura de aquella sociedad.

La virginidad era reputada como el estado más perfecto, y el matrimonio se interpretaba como la intención del Criador. Los ancianos decían con este motivo: «No existen en las enfermedades y en la edad

avanzada cuidados semejantes á los que producen la estepa y los hijos. Aficionaos al alma; no consideréis el cuerpo sino como una estatua, cuya belleza hace pensar en el artificio y eleva el pensamiento á la verdadera perfección.» Reconocían que la mujer es susceptible de la misma educación que el hombre, y que podían filosofar sin letras, el griego, el bárbaro, el esclavo, el anciano, la mujer y el niño: esto era restituir la especie humana á su naturaleza.

El cristiano honraba á Dios en todas partes, porque Dios está en todos los lugares. «La vida del cristiano es una fiesta perpetua: alaba á Dios trabajando, navegando, en los diferentes estados de la sociedad.» Sin embargo, había horas consagradas principalmente á la oración, como terciá, sexta y nona. Oraban de pie, con el rostro vuelto hácia el Oriente, la cabeza y las manos alzadas al cielo. Al responder á la oración final, levantaban también simbólicamente un pie, como un viajero dispuesto á abandonar la tierra (9).

Para los discípulos del Salvador, Dios carecía de figura y de nombre: cuando le llamaban Uno, Bueno, Espíritu, Padre, Criador, era por pobreza de la lengua humana. El alma sola, que es cristiana de origen, halla instintivamente el verdadero nombre de Dios, cuando se entrega á su libre testimonio: todas las veces que despierta de su letargo, se expresa de este modo en su interior: *Lo que á Dios plazca. Dios me ve. Lo recomiendo á Dios. Dios me lo restituirá.* Y el hombre cuya alma habla así, no fija sus ojos en el Capitolio, sino en el cielo (10).

El pastor tenía la sencillez del rebaño; el obispo, el diácono y el sacerdote, cuyos nombres significaban presidente, siervo y anciano, no se distinguían del resto de la multitud por su traje. Mediadores en el altar, árbitros en los hogares, recomendábaseles que fueran tiernos, compasivos, no demasiado crédulos del mal, ni demasiado severos, porque todos somos pecadores (11). Si eran casados, no debían tener sino una sola mujer; debían gozar reputación de buenas costumbres, de padres de familia ejemplares, y disfrutar una nombradía sin mancha, aun entre los paganos. «Durante las pruebas, decía San Ignacio permanezcan firmes como el yunque á los golpes del martillo (12).» Este mismo santo escribía á la Iglesia de Roma en su esclavitud: «No seré verdadero discípulo de Jesucristo, sino cuando el mundo no vea ya mi cuerpo. Rogad para que quede convertido en víctima. No os lo ordeno como Pedro y Pablo; estos eran apóstoles, y yo nada soy: aquellos estaban libres, y yo esclavo (13).»

Sacábanse los obispos de todas las condiciones de la vida: algunos eran labradores, pastores ó carboneros. Las diócesis, especie de repúblicas federativas, elegían sus presidentes según sus necesidades; elocuentes é instruidos para las grandes ciudades, simples y rústicos para los campos, y aun belicosos cuando era preciso para defender la comunidad. Huían los electos de estos honores como de unas cargas pesadas; y el pueblo cristiano corría á las cavernas, al fondo de las selvas y á las soledades de los montes á buscar y á elevar á estos príncipes de la fe. Ocultábanse, declarábanse indignos, derramaban abundantes lágrimas, y aun algunos espiraban de terror.

Geres, pequeña ciudad de Egipto, distante cincuenta estadios de Pelusa, había elegido obispo á un solitario llamado Nilammon: vivía en una celdilla, cuya entrada había tabicado, y se obstinaba en rehusar el obispado. Teófilo, obispo de Alejandría, procuró persuadirle. «Mañana, padre mío, dijo el ermitaño, hareis lo que os plazca.» Teófilo volvió al día siguiente, y dijo á Nilammon que abriese. «Oremos antes», respondió el solitario desde el fondo de la roca. Pasaron el día en oración, y por la tarde llamaron á Nilammon en alta voz; pero observando que no respondía, quitaron las piedras que cerraban la entrada

de la ermita, y hallaron al solitario muerto al pié de un crucifijo (14).

Las primeras iglesias eran lugares ocultos, selvas, catacumbas, cementerios; y una piedra, ó la tumba de un mártir servían de altares: por ornamentos veíanse flores, algunos vasos de madera, algunos cirios y algunas lámparas, á cuya luz leía el sacerdote el Evangelio en la oscuridad de los subterráneos; tenían asimismo cajas con secretos para ocultar en ellas pan que el viajero llevaba á los fieles á las minas, á los calabozos y al medio de los leones del anfiteatro. Tales eran los cristianos de la edad heroica.

Los paganos los consideraban de otro modo. Según ellos, estos sectarios groseros, ignorantes, fanáticos, populacho medio desnudo, complaciábase en verse rodeados de algunos jóvenes estúpidos, y de ancianas dementes, para referirles puerilidades (15). Suponían los paganos que los galileos no querían dar ni discutir las razones de su religión acostumbrando á decir: «No os canséis en preguntas inútiles (16); la sabiduría de esta vida es un mal, y la locura un bien.» «Vuestra herencia, escribía Juliano (17) apostrofando á los discípulos del Evangelio, es la grosería. Toda vuestra sabiduría consiste en repetir estúpidamente: Creo.» Los latinos llamaban á la religión de Cristo *insania* (18), *amentia* (19), *dementia* (20), *stultitia*, *furiosa opinio* (21), *furoris insipientia* (22). A los fieles mismos daban el sobrenombre de *medio muertos*, á causa de sus largos ayunos y de sus vigias (23).

Luciano ó por mejor decir, un autor desconocido anterior á Luciano, pintó en el diálogo satírico *Philopatris* una reunión de los primeros cristianos.

CRICIAS.—«Fui á una de las calles de la ciudad, y percibí una gran porción de gente que cuchicheaba, y que para oír mejor acercaba el oído á la boca del que hablaba. Miré á estos hombres por sí podía descubrir algún conocido, y distinguí al político Craton, amigo mío desde la infancia.»

TRICPHON.—«No sé quién quieres decir: ¿es aquel que está empleado en la repartición de los tributos? ¿Qué sucedió?»

CRICIAS.—«Me acerqué á él después de haber atravesado la multitud; y habiéndole saludado, oí á un anciano de corta estatura, y muy estropeado, llamado Cariceno, que principió á decir con voz aguda y nasal, después de haber tosido y escupido: *Aquel de quien acabo de hablar, pagará lo restante de los tributos, satisfará todas las deudas, tanto públicas como particulares, y recibirá á todo el mundo sin informarse de su profesion.* Cariceno añadió otras muchas puerilidades, igualmente aplaudidas por los que estaban presentes, y á quienes la novedad de los objetos hacía estar atentos. Otro hermano llamado Clevocarmo, sin sombrero ni zapatos, y cubierto con un manto lleno de girones hablaba entre dientes: enseñómelo un hombre mal vestido que venía de la montaña, y que tenía la cabeza rasa....»

«Entonces uno de los concurrentes, de mirada feroz, me tiró del manto, creyendo que era de los suyos, y quiso persuadirme en mala hora que asistiese á una sesión de aquellos magos....»

«Habíamos pasado ya el umbral de bronce y las puertas de hierro, como dijo el poeta, cuando, después de habernos encaramado á un aposento alto, por una escalera de caracol, hallámonos, no en el salón de Menelao, brillante con el oro y el marfil, (asíes que tampoco vimos á Helena), sino en una asquerosa guardilla: vi unos hombres pálidos desfallecidos, y encorvados contra el suelo. Apenas me hubieron visto cercáronme gozosos, preguntándome si les traía malas nuevas; parecían desear acontecimientos desgraciados, y semejantes á las furias, regocijábanse con el infortunio.»

«Después de haberse hablado al oído, preguntáronme quién era yo, cuál mi patria, quiénes mis padres....»

«Estos hombres, que caminan por el aire, hicieron-

me muchas preguntas sobre la ciudad y el mundo. Díjeles: El pueblo entero vive en el gozo, y así vivirá en lo futuro. Ellos, funciendo las cejas me respondieron que no sucedería así, y que se estaba formando un mal que pronto estallaría....»

«En seguida como si hubiese triunfado su causa, principiaron á referir las cosas que les agradaban: dijeron que los negocios iban á tomar otro rumbo; que las divisiones turbarían la tranquilidad de Roma; que nuestros ejércitos serían derrotados. No pudiendo contenerme ya, é inflamado de cólera, exclamé: ¡Miserables! ¡Caigan sobre vuestras cabezas los males que anunciáis, puesto que amais tan poco vuestra patria.»

TRICPHON.—«¿Y qué replicaron esos hombres de cabeza tan rasa como el entendimiento?»

CRICIAS.—«Escucharon mis palabras con la mayor mansedumbre, y recurrieron á sus escapatorias ordinarias: dijeron que todas estas cosas las veían en sueños, después de haber ayunado diez días, y pasado las noches cantando sus himnos.... Entonces con una falsa sonrisa, se inclinaron fuera de los lechos miserables en que reposaban (24).»

Esta reunión, descrita por un enemigo, difiere singularmente del concilio de Nicea. Los cristianos eran tan despreciados en la época en que se escribió esta sátira, que se les consideraba inferiores á los Judíos. Sin embargo, aquellos hombres escondidos en las guardillas; aquellos miserables arrastrados al suplicio tan pronto como eran reconocidos; aquellos culpables, no de crimen, sino de nacimiento, aquellas criaturas degradadas en quienes no se concedía siquiera el derecho de los siervos más viles; aquellos esclavos, puestos fuera de la ley, eran los que debían restituir al género humano sus leyes y su libertad.

El embarazo de los cristianos ante sus padres paganos, ofrece una semejanza singular con lo que ocurre en nuestros días entre las generaciones antiguas y las nuevas: las primeras no entienden ni entenderán nunca lo que es claro y exacto para las segundas (25). El Cristianismo, verdadera libertad bajo todas las relaciones, parecía, á los ojos de los antiguos idólatras acostumbrados al despotismo político y religioso, una novedad detestable; denunciaban este progreso de la especie humana como una subversión de todos los principios sociales. «En las casas particulares se ven, dice Celso, hombres groseros, é ignorantes, tejedores de lana, que callan delante de los ancianos y de los padres de familia; pero si encuentran en un lugar apartado algunos niños, algunas mujeres, enséñanles su doctrina: dicenles que no deben prestar oídos á sus padres ni á sus maestros; que estos son unos dementes, incapaces de conocer y de paladear la verdad. Excitan así á los jóvenes á sacudir el yugo; los incitan á entrar en un gineceo, ó en un batán, ó en la tienda de un zapatero, para aprender lo que es perfecto (26).»

Las virtudes, consecuencia necesaria del primer Cristianismo, hacían odiar á los que las practicaban, porque eran una reconvencción para los vicios opuestos. Un marido expulsaba á su mujer que era prudente desde que se había convertido al Cristianismo; un padre desheredaba á un hijo, en otro tiempo pródigo y liberal, transformado por el cambio de religión en hijo sumiso y obediente (27). Las acusaciones dirigidas contra los cristianos eran la historia misma de su inocencia. «Pongo por testigos á vuestros registros, decía Tertuliano: ¡oh vosotros! que juzgais á los criminales, ¿hay uno solo que sea cristiano? La inocencia es para nosotros una necesidad, habiéndola aprendido de Dios, que es un maestro perfecto. Nos echan en cara que somos inútiles á la vida; y sin embargo vamos á vuestros mercados, á vuestras ferias, á vuestros baños, á vuestras tiendas, á vuestras hosterías. Comerciamos, militamos, y ejerce-



mos la labranza (28). Es verdad que los traficantes de mujeres perdidas, los asesinos, los envenenadores, los magos, los adivinos, los astrólogos, ni los astrólogos, no sacan lucro ninguno con nosotros (29).»

Acusaban á los cristianos de ser una facción, y ellos respondían: «La facción de los cristianos consiste en estar reunidos en una misma religión, en una misma moral, en una misma esperanza. Formamos una conjuración para rogar á Dios en comunidad, y leer las divinas Escrituras. Si alguno de nosotros peca, se le priva de la comunión, de las oraciones, y de nuestras reuniones, hasta que ha hecho penitencia. Presiden estas asambleas ancianos cuya sabiduría ha merecido semejante distinción. Cada uno lleva algún dinero todos los meses, si quiere ó si puede. Este tesoro sirve para alimentar y para enterrar á los pobres, para sostener á los huérfanos, á los náufragos; á los desterrados, á los condenados á las minas ó á la cárcel por la causa de Dios. Nos damos mutuamente el nombre de hermanos: estamos dispuestos á morir los unos por los otros. Todo es común entre nosotros, menos las mujeres. Nuestra cena común se explica con el nombre de Agape, que significa *caridad* (30).»

La congregación apostólica abrazaba entonces el mundo civilizado, como una inmensa sociedad secreta que avanzaba hácia su objeto, á pesar de las proscipciones y de la necia enemistad del mundo. Desde la edad heroica del Cristianismo se presienten las mudanzas radicales que esta religión iba á causar en las leyes: era la filosofía puesta en práctica. Mientras llegaba la abolición de la esclavitud por medio de transformaciones graduales, principió la emancipación del sexo femenino.

Las mujeres aparecieron solas al pié de la cruz; Jesucristo, perdonó durante su vida las debilidades de éstas, y no desdenó su homenaje: emancipólas en la persona de María su divina Madre.

Las mujeres seguían á los apóstoles para servirles, como Magdalena y las otras Marías habían seguido á Jesucristo (31). San Pablo saludó en Roma á las mujeres de la familia de Narciso.

Esas mujeres tuvieron una relación inmediata con la Iglesia, en virtud de la institución de las diaconisas. La diaconisa debía ser casta, sóbria y fiel. Las viudas elegidas para esta función, no podían tener menos de sesenta años de edad; debían haber criado á sus hijos, ejercido la hospitalidad, lavado los piés de los viajeros y consolado á los afligidos (32).

Las instrucciones de los apóstoles y de los primeros padres, demuestran cuán importantes eran las mujeres en el nacimiento mismo de la sociedad cristiana. Tertuliano escribió dos libros sobre sus adornos y el uso de su belleza. «Desechad el afeite, los cabellos postizos y los demás adornos: no concurráis á los templos, á los espectáculos, ni á las fiestas de los gentiles. No salgáis de casa sin un motivo poderoso, como es el visitar á los hermanos enfermos, asistir al santo sacrificio, escuchar la palabra de Dios (33). Desechad las delicias, para que no os agovien las persecuciones. Las manos acostumbradas á los brazaletes, no podrían soportar el peso de las cadenas; los piés adornados con cintillas, llevarían penosamente los grillos; una cabeza cargada de perlas y esmeraldas no dejaría sitio para la cuchilla (34).»

Las vírgenes no debían presentarse en la Iglesia sino cubiertas hasta la cintura con velos: concedíaseles como á las viudas una pensión. En el tratado *ad uxorem* se ve pintada la mujer diferente en un todo de la mujer de la antigüedad, y tal como es al presente. Este, al mismo tiempo, es un cuadro verdadero de lo que ocurría entonces en la comunidad general, y en la familia privada de los cristianos.

Tertuliano invita á su esposa á no casarse segunda vez si moría antes que ella, principalmente á no to-

mar por marido á un infiel. El Cristianismo, conformándose con la naturaleza y con el orden, reprobaba la poligamia de las naciones orientales, y el divorcio admitido por los Griegos y los Romanos.

«La mujer cristiana, dice Tertuliano, ¿cumplirá con su esposo pagano los deberes de la pagana? ¿tendrá para él hermosura, atavíos, aseo mundano y caricias vergonzosas? No sucede así entre los santos: todo es moderación como que Dios les está mirando (35).

«¿Cómo podrá (la esposa cristiana) servir al cielo teniendo á su lado un esclavo del demonio encargado de retraerla? Si ha de asistir á la Iglesia, le citará á los baños mas tempranos que de costumbre: si ha de ayunar, dispondrá un festín para el mismo día: si debe salir, opondrále que nunca los criados han estado mas ocupados (36). ¿Llevará á bien este marido que su esposa visite de calle en calle á los hermanos en los aposentos mas humildes? ¿Consentirá que se levante de su lecho para asistir á las reuniones nocturnas? ¿Tolerará que vele en la solemnidad de Pascua? ¿La permitirá que se sienta en la mesa del Señor, tan infamada entre los paganos? ¿Le agradará que se introduzca en las cárceles á besar las cadenas de los mártires, lavar los piés de los santos, y ofrecer presurosa el alimento á los confesores (37)? Si llega un hermano de otro país, ¿cómo se le hospedará en una casa extraña? Si necesita hacer alguna limosna, hallará cerrados el granero y la bodega.

«Aunque el marido pagano consintiera en todo esto, es al fin una desgracia verse en la precisión de confiarle los usos de la vida cristiana. ¿Os ocultareis de él al hacer la señal de la cruz en vuestro lecho, en vuestro cuerpo, ó al soplar alguna cosa inmunda? ¿No creerá que es una operación mágica? ¿No sabrá lo que tomáis secretamente antes de todo alimento? Y si sabe que es pan ¿no sospechará que es tal cual le suponen (38)?

«¿Qué cantará en un festín la mujer cristiana con su marido pagano? Escuchará himnos teatrales: no hará siquiera mención de Dios (39), ni invocación á Jesucristo, ni lectura de las Escrituras, ni salutación divina.

«La Iglesia extiende el contrato del matrimonio cristiano, la oblación lo confirma, y siendo la bendición su sello, preséntanlo los ángeles al Padre celestial que lo ratifica. Dos fieles reciben el mismo yugo: son una sola carne, un solo espíritu; oran juntos, juntos ayunan, juntos asisten á la Iglesia y á la mesa de Dios, en tiempos de persecución y de paz (40).»

Las mujeres cristianas se convirtieron en misioneras en sus propios hogares, y en inteligencias celestes en el seno de las familias paganas. Acabamos de ver que estaban encargadas de cuidar á los enfermos y á los pobres; y cuando principalmente derramaban los tesoros de su celo, era en los tiempos de persecución. Penetraban en las cárceles, llevaban mensajes, distribuían dinero, curaban las llagas causadas por los tormentos, y morían también á su vez con un heroísmo superior al que atribuyen á las mujeres de Esparta y de Roma. En sus virtudes, y hasta en sus debilidades, había un encanto para suavizar á los perseguidores: la nodriza de Caracalla y la ama de Cómodo eran cristianas.

Mas adelante, en el siglo filosófico del Cristianismo, las mujeres, madres, esposas é hijas de los emperadores extendieron el poder del Evangelio, mientras que otras mujeres, conducidas en esclavitud por los Bárbaros, convertían naciones enteras: así lo he dicho al hablar de los Iberos. Ya hemos visto igualmente que las Helenas y las Eudoxias destruyeron templos y levantaron iglesias.

Trascurrido algún tiempo, las vírgenes consagradas á Dios en los monasterios, se distinguieron en

todo género de sacrificios y de abnegación. San Gerónimo nos ha dado á conocer á Marcela, á Asela su hermana, y á su madre Albina; á Principia, hija de Marcela; á Paula, amiga de Marcela; á Paulina, á Eustaquia, á Lea y á Fabiola, que vendió su patrimonio para fundar el primer hospital que opuso Roma á los monumentos de sangre y prostitución. En esta casa de misericordia, las descendientes de los consules servían á los pobres y á los extranjeros, antes de morir pobres y extranjeras en la gruta de Belén. ¡Oh destino de las cosas! Las mujeres que prestaron las primeras adoraciones en el fondo de las catacumbas, fueron las últimas que llenaron aquellas iglesias, á donde llevaron á los padres, y donde no pudieron retener á los hijos. Lloraron al pié del Calvario, que vió espirar la sublime víctima: lloran todavía al pié del mismo Calvario; pero aquel á quien sepultaron en la tumba, se encumbró al cielo: nada queda ya en la cruz, nada en el santo sepulcro.

Todavía no se ha completado la emancipación de la mujer, particularmente en cuanto á la opresión de las leyes: se logrará en la renovación cristiana que principia ahora.

La era de los mártires ofrece un espectáculo extraordinario: en un mismo pueblo los hombres y las mujeres corrian á los juegos públicos con todo el esplendor del lujo y de la embriaguez de los placeres; y otros hombres y otras mujeres, consagrados á todos los deberes, componían una parte esencial de esos mismos juegos derramando su sangre.

El siglo heroico del paganismo tuvo sus Hércules guerreros; el siglo heroico del Cristianismo, produjo sus Hércules pacíficos, que domaron á otra especie de monstruos, los vicios, las pasiones, los errores; héroes cuya victoria consistía, no en matar, sino en morir.

De todos los fundadores célebres de religiones, Jesús, es el único que no fue poderoso por el nacimiento, las armas, la política, la poesía ni la filosofía: no empuñaba el cetro, la espada, la pluma ni la lira; vivió pobre, ignorado, calumniado, y fue el primer mártir de su culto. Sus apóstoles sufrieron después de él; el suplicio de estos, formó la cadena que une la pasión á las pasiones particulares, renovadas por espacio de cuatro siglos. La hostia espiritual había venido á reemplazar la hostia material; pero la efusión de sangre cristiana (que era la sangre misma de Cristo) no debió detenerse, sino cuando desapareció el holocausto pagano. Esto explica, según los fundamentos de la fe, la duración de las persecuciones; hubo víctimas cristianas en el anfiteatro, mientras hubo víctimas paganas en los templos; la inmolación de las primeras, continuó en proporción á la de las segundas. Constantino y sus hijos abolieron el sacrificio, y cesó el martirio: restableció Juliano el sacrificio, y volvió ó principiar el martirio.

Amaestrados los cristianos, por la experiencia, habían perfeccionado el arte de prestarse auxilios: no hubo artificios que no inventara la caridad para penetrar en los calabozos, para seducir á los carceleros, es decir, para convertirlos al Cristianismo y conducirlos con sus prisioneros á la muerte. La historia del filósofo Peregrino, que se quemó á son de trompetas y en el día señalado, nos ha transmitido una prueba inesperada de la actividad evangélica.

Estando Peregrino viajando, hizose neófito; preso en Palestina, diéronse prisa los cristianos á rodearle. Desde por la mañana muchas mujeres, viudas y niños sitiaban la cárcel, y por la noche se introducía algún sacerdote á fuerza de dinero adonde estaba el filósofo. Corrian de todas las ciudades del Asia hermanos enviados por la comunidad á alentar al prisionero. «Es inaudita, dice Luciano, la diligencia de estos hombres; cuando algunos de ellos padecen infortunios, nada les intimida. Imagínense los miserables que vi-

virán después de esta vida. Desprecian la muerte, y muchos se entregan voluntariamente á los suplicios (41).»

Contáronse diez batallas generales, que fueron las diez persecuciones terribles, sin contar una multitud de acciones particulares; distingüéronse las mujeres en estos combates. Sinfioriano fue conducido al martirio en Autun de las Galias; su madre le gritaba de lo alto de las murallas de la ciudad: «Hijo mio, hijo mio Sinfioriano, levanta tu corazón al cielo; no vas á perder la vida; vas á trocarla por una vida mejor (42).»

Blandina, esclava, recibió la última corona entre los confesores de Lion: sufrió los azotes, las fieras, la silla de hierro candente: caminaba á la muerte como al tálamo nupcial, como al festín de las bodas (43).

Habia en Egipto otra esclava de asombrosa hermosura llamada Potamiana: habiéndose enamorado de ella su dueño, quiso primero seducirla y después violentarla; pero rechazado por la virtuosa doncella, la entregó al prefecto Aquila como cristiana. El prefecto invitó á Potamiana á ceder á los deseos de su dueño; y habiéndose negado á ello, condenóla á ser sumergida en una caldera de pez hirviendo, y la amenazó con entregarla á los gladiadores para que la violasen. Potamiana dijo: «Os ruego por la vida del emperador que no me despojeis de mis vestidos, ni me esponga al público desnuda. Que me sumerjan poco á poco en la caldera con mi traje.» Este favor le fue concedido, y Marcela su madre, sufrió el suplicio del fuego (44).

La irrisión que iba unida á la crueldad disoluta, en nada disminuía la gravedad del infortunio. Las siete vírgenes de Aucira, entregadas á algunos mancebos desenfrenados antes de ser ahogadas, borraron con una sola palabra, lo singular que podía parecer el infortunio de su vejez. La mas anciana se quitó el velo, y enseñando su cana cabeza al jóven, le dijo: «Quizá tendrás una madre llena de canas como yo: déjanos nuestras lágrimas y reserva para tí la esperanza (45).»

Felicidad, matrona romana de un rango ilustre fue sentenciada á muerte con sus siete hijos, á quienes alentó á confesar su fe con valor.

Sinfiora, de Tibur, tenía tambien siete hijos: Adriano la llamó, y habiéndola exhortado á sacrificar, le respondió: «Getulio mi marido, y su hermano Amancio, eran tribunos vuestros, y prefirieron la muerte á vuestros ídolos.» Arrebatada Sinfiora de los cabellos, fue precipitada en el abismo de aquellas cascadas que habían suministrado agua á los baños de las cortesanas, y refrescado el vino de Horacio. Los siete hijos siguieron á su madre (46).

Uno de los cuarenta mártires de Sevaste, había resistido al doble tormento del hielo y del fuego: los verdugos, olvidándole de intento y dejándole en la plaza, esperaban que abjurase su fe: su madre le puso con sus propias manos en la fúnebre carreta. «¡Ve, le dijo, hijo mio! termina tu dichoso viaje con tus compañeros, para que no te presentes el último á Dios (47).»

El martirio de Perpetua y de Felicidad en Cartago es el mas célebre de cuantos describen las *Actas sinceras*. Era Perpetua noble, y de edad de veinte y dos años, tenía padre, madre, dos hermanos y esposo, y criaba á su hijo: Felicidad era esclava y estaba preñada.

El padre de Perpetua, pagano celoso, pretendía obligarla á sacrificar. «Después de haber estado algunos días sin ver á mi padre (así se explica la misma Perpetua, que escribió el principio de su martirio) di gracias al Señor, y me consolé de su ausencia. En aquellos días fue cuando nos bautizaron: al acabarse la ceremonia pedí tan solo al cielo, la paciencia suficiente para sufrir las penas corporales. Pocos días